

Manuel Ugarte
Blasco Ibáñez y la República
(*La Opinión* [Los Ángeles], 22-12-1931)

La repatriación de los restos de Vicente Blasco Ibáñez, que no tardarán, según se anuncia, en ser llevados a España, dará lugar a una consagración nacional.

Hubo, sin embargo, un tiempo en que estuvo de moda burlarse de Blasco Ibáñez. Haciendo alusión al aspecto despreocupado que el gran novelista cultivaba por entonces, a guisa de confirmación de sus tendencias democráticas, los comentaristas traviosos hablaban de concederle una Condecoración y pedían a gritos para él la Orden del Baño. Tal fue el origen del chiste criollo que alcanzó absurda fortuna: «Fiasco y Báñese».

Al regresar a su tierra, después de la gira triunfal por Estados Unidos, en el apogeo de su renombre, solo encontró Blasco en los círculos dirigentes la indiferencia o la hostilidad. Ciertos diarios le llamaban «distinguido escritor» y se reían de sus amplificaciones. No cabe duda de que, con otros muchos defectos, tuvo el de forzar la nota del meridionalismo. Pero en medio de las debilidades, ¡cuánto fervor, cuánta amplitud, en el pensamiento y en la acción!

Toda la república española de hoy la levantó él a pulso con sus prédicas de precursor, en horas en que parecía crimen imperdonable hablar contra el rey.

Yo le frecuenté mucho en Niza en los tiempos en que sus famosos folletos despertaban en la Sociedad bien pensante las más absurdas acusaciones de venalidad. Alguna vez tuve que rebatir afirmaciones injuriosas formuladas en mi presencia. Pero el argumento de que Blasco Ibáñez era rico solo conseguía exasperar el encono de los que parecían decirme con los ojos:

—También estarás tú recibiendo dinero, puesto que le defiendes...

La credulidad humana es un abismo. Hay un sector nebuloso de la opinión que pondrá en duda todas las verdades del cielo y de la tierra, pero que aceptará con los ojos cerrados cuando pueda perjudicar a un tercero. Sobre todo si ese tercero goza de notoriedad.

Mientras Blasco se limitó a escribir novelas, le concedieron o le regatearon talento. Pero así que se levantó contra los intereses monárquicos cayó sobre él un aluvión brutal.

Entre los que desaprobaban en Niza a voz en cuello la campaña de Blasco figuraba Gómez Carrillo. En su tertulia de «Vogade» se condenaba ásperamente la insensatez del campeón de la república. Y claro está que la víctima no tardó en enterarse del comentario hostil. Fue lo que dio margen a la inocente travesura que voy a contar:

Acababa de publicar Blasco Ibáñez el primer tomo de su *Vuelta al mundo* y aprovechó el envío de los ejemplares de prensa para ejercer la represalia en una forma que al principio era difícil comprender.

Cierta mañana me trajo el correo un ejemplar del libro con esta dedicatoria: «A Enrique Gómez Carrillo, homenaje intelectual».

—Vamos —me dije—, otro error al poner las direcciones...

Porque a menudo ocurre que se confunden los rótulos y se alteran las remesas. Lo único que me sorprendió fue la frialdad de la expresión.

Pocas horas después recibí unas líneas de Blasco. Me telegrafiaba desde Mentón: «El ejemplar destinado a Ud. ha sido enviado a Gómez Carrillo. No tarde en reclamárselo».

La premura despertó mi curiosidad; y aproveché el paseo de la tarde para ir a la casita de campo que habitaba el cronista en el camino de Brancolar.

—Aquí le traigo —le dije— un libro que he recibido esta mañana dedicado a usted...

Carrillo se adelantó, impaciente.

—A ver...

Lo aceptó sonriendo, pero la dedicatoria le hizo reprimir una mueca.

Sin darme cuenta aún de la maniobra, continué:

—También me dice Blasco que hubo error y que usted tiene mi ejemplar.

La actitud enigmática, que era la especialidad de Carrillo en medio de las contrariedades, se abrió en toda su ambigüedad.

—No sé —repuso—; quizá ha llegado algo...

Y empezó a revolver papeles sobre la mesa en desorden, fingiendo no encontrar el tomo, que se hallaba, desde luego, bien a la vista.

—Aquí está —le dije.

Y abrí a mi vez, instintivamente, la primera página.

Solo entonces me expliqué la situación. El trastrueque había sido preparado voluntariamente por Blasco para exasperar la vanidad de Carrillo. Para este, la dedicatoria anodina, desdeñosa casi. Mi ejemplar, en cambio, que conservo, decía textualmente: «Al más universal de los escritores latinoamericanos, Manuel Ugarte, su amigo y admirador, Blasco Ibáñez».

Graduando la crueldad, había hecho al revés los envíos para que ambos nos enterásemos de la divertida apreciación y para que yo estuviese presente mientras palidecía Carrillo.

No era el de Blasco, sin embargo, un carácter hosco y altanero. Pocas veces he hallado en la literatura un hombre tan desprovisto de «literatismo», tan entregado a su obra, tan ajeno a la miseria profesional. Pero la hostilidad que le cercaba en aquellos momentos, lo sacaba de sus casillas.

No es posible desconocer la energía con que supo sobrellevar el temporal y jugarse entero en favor de una aspiración altruista, a la cual sacrificó conscientemente tranquilidad, dinero y fama. No sé si tiene el caso analogía con el de Emilio Zola que abandonó su situación de novelista para afrontar, en medio de los tumultos del proceso Dreyfus, todos los vientos contrarios, o, en épocas más próximas, con el de Henri Barbusse, que ha arrojado a la hoguera todas las consagraciones posibles para poner su renombre literario al servicio del pensamiento extremista. Sea lo que fuere, la república española hace bien en reconocer lo que debe a Blasco Ibáñez.

No ha sido él, desde luego, el primero que la defendió, pero nadie puso como él al servicio de ese ideal, con tan gallardo gesto fastuoso, una situación lograda, una fuerza propulsora conseguida en otros órdenes de la actividad, presente desinteresado del espíritu a lo que por entonces era una quimera, a lo que solo le trajo desazones, a lo que implicaba la renunciación a cuantos halagos le podía ofrecer la Corte.

Porque aún después de los primeros ataques, el rey pugnó por atraer a Blasco, como lo prueba la carta pública dirigida al obispo de Coria. «Aquí me colocaron y aquí tengo que seguir —decía el monarca—, procurando hacer el bien, prescindiendo de las flaquezas de los que habíamos admirado antes, porque, indudablemente, no son ellos los que tienen la culpa, sino el medio ambiente en que se mueven y la mala información recibida, o el mal pensamiento de un momento dado. Hemos de perdonarles, esperando que en lo sucesivo, en vez de escribir libelos, vuelvan a escribir novelas interesantes que podamos todos leer y alabar.»

A tan clara invitación contestó el novelista con su célebre libro: *Por España y contra el rey*. Blasco cometió muchos errores, entre ellos, y en primer término, su desdichada apreciación sobre el militarismo mexicano. Pero hay que reconocer que su nombre queda unido en España al triunfo de la república.

Niza, diciembre de 1931